

SEGREGACIÓN Y FRONTERAS SIMBÓLICAS EN LA CARPIO, UNA COMUNIDAD CENTROAMERICANA

Laura Paniagua Arguedas*

Este artículo presenta las construcciones simbólicas producto de la segregación a lo interno de La Carpio, una comunidad ubicada al noroeste de San José, capital de Costa Rica¹. El trabajo registró las

* Licenciada en Sociología por la Universidad de Costa Rica, ha sido profesora de tiempo parcial en dicha universidad. Es investigadora asociada del equipo del proyecto La Carpio. La experiencia de segregación urbana y estigmatización social, coordinado por el Dr. Carlos Sandoval García. También trabaja como investigadora asociada en el proyecto Violencia Social en Costa Rica, en el Instituto Latinoamericano de las Naciones Unidas para la Prevención del Delito y el Tratamiento del Delincuente (ILANUD).

1 Lo presentado en este documento es resultado de la investigación del mismo nombre, llevada a cabo durante el año 2007 gracias al financiamiento y asesoría del programa CLACSO-CROP sobre pobreza urbana y exclusión social en América Latina y el Caribe, con el aval y apoyo del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Costa Rica.

Agradezco enormemente a CLACSO y al IIS-UCR por la oportunidad brindada. Además, deseo dar las más sinceras gracias al Dr. Carlos Sandoval por su apoyo desde los orígenes de la propuesta y en el desarrollo de la misma; a Raúl García Fernández por sus comentarios, sugerencias e inigualables señalamientos que enriquecieron este trabajo; al personal de la iglesia y de la Asociación Excelencia Familiar, que facilitó el trabajo de campo y el vínculo con el equipo de fútbol del sector, esta entidad, además, realiza una importante labor de alfabetización y apoyo a la comunidad (brinda agua potable a algunas familias, visitas médicas, entre otras). Agradezco enormemente a las personas de La Carpio por todas sus contribuciones y por permitirme conocer sobre sus vidas, experiencias, sufrimientos y alegrías, les dedico este esfuerzo, que ha sido también parte del esfuerzo cotidiano de todas ellas y ellos.

situaciones vividas por quienes habitan al lado sur de La Carpio, con respecto a las construcciones simbólicas-imaginarias y reales hechas por los vecinos y vecinas de todo el asentamiento y otros entes externos a la comunidad, en relación a un “lugar” denominado “La Cueva del Sapo”, que para nuestros efectos denominaremos “La Zona”.

Se indagó sobre los significados atribuidos a dicho “lugar”², las fronteras simbólicas interpuestas a quienes habitan allí, las formas en las que se presentan esas fronteras en la cotidianidad, la historia del lugar y de los nombres que posee, entre otros. Asimismo, se profundizó en la situación de exclusión que vive la población de esta zona, tanto a lo interno como a lo externo de la comunidad, evidenciando las dificultades que han enfrentado los vecinos y vecinas para la resolución satisfactoria de sus necesidades más apremiantes.

Para la realización de este escrito se retoma el análisis de testimonios de las personas de La Carpio compilados de forma primaria y secundaria³, a través de grupos de discusión, entrevistas en profundidad, escritos, observación y conversaciones informales. Entre la población participante destacan: amas de casa; vendedoras y vendedores; jóvenes; representantes de comités comunales; un maestro; pastoras de iglesias protestantes; encargadas de guardería y encargados de un equipo de fútbol⁴; casi la totalidad de las personas entrevistadas son nicaragüenses. A lo largo de este documento aparecen frases ilustrativas; en todos los casos se respeta el uso dado al castellano (en especial

2 Para el abordaje de las distinciones entre “comunidad” y “lugar” ver Barros, Claudia 2000 “Reflexiones sobre la relación entre lugar y comunidad” en *Documents d’ anàlisis geogràfica* (Barcelona) N° 37, en <<http://ddd.uab.es/pub/dag/02121573n37p81.pdf>>.

3 Los testimonios provienen de documentos publicados con información suministrada por la comunidad de La Carpio: *Voces de La Carpio* (2004) y *Medios de comunicación e (in)seguridad ciudadana en Costa Rica* (2006) de Karina Fonseca y Carlos Sandoval. Asimismo, se utilizaron algunos materiales recopilados por el proyecto “La Carpio. La experiencia de segregación urbana y estigmatización social”, coordinado por el Dr. Carlos Sandoval García, del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Costa Rica, el cual se desarrolla en la comunidad desde el año 2005; este proyecto por medio de un concurso invitó a las personas de La Carpio a escribir, contar o dibujar sobre sus vidas en la comunidad, y de septiembre del 2005 a julio del 2006 se recolectaron cuatrocientos quince trabajos entre redacciones, entrevistas, dibujos e historias de vida de algunas personas que viven en La Carpio. Recientemente fue presentada una selección de estos materiales en una memoria escrita, dibujada y contada por la comunidad (ver http://www.ucr.ac.cr/mostrar_noticia.php?ID=1238).

4 Las personas jóvenes entrevistadas van de los 12 a los 18 años, en total dos mujeres y catorce hombres, de nacionalidad nicaragüense y habitantes del lugar; entre las personas adultas figuran nueve mujeres (seis nicaragüenses y tres costarricenses) y cinco hombres (dos nicaragüenses, dos costarricenses, un estadounidense); de éstos, tres hombres no viven en la comunidad, pero tienen vínculos con la misma. Todas las entrevistas fueron registradas con notas de campo y algunas de ellas fueron grabadas en audio.

en las redacciones), por lo cual no se altera el texto y se presenta tal cual fue escrito o dicho por las personas. Los nombres que acompañan las frases citadas son ficticios, con el fin de proteger la identidad de las personas participantes.

Algunos elementos teóricos con los cuales establecemos vínculos para trabajar con los relatos de la población provienen de la geografía urbana y de las ciencias sociales, entre ellos, del marxismo (principalmente David Harvey y Henri Lefebvre) y del enfoque humanista (Fi Yu Tuan, 1977; 1990; Montoya, s/f). Asimismo, el psicoanálisis nos da herramientas para abordar los elementos simbólicos e inconscientes presentes en las construcciones sociales.

El escrito se divide en cuatro apartados: el primero hace mención a La Carpio como una comunidad migrante que enfrenta el rechazo y la estigmatización a nivel nacional; en segundo lugar, se plantea la situación experimentada en La Zona de estudio; en tercer lugar, se analizan las barreras simbólicas interpuestas a La Pequeña Gran Ciudad, realizando una reconstrucción histórica del estigma que enfrenta ese sector y explorando los nombres, significados e identidades que se entretienen allí; la cuarta parte corresponde a las formas en las que se construye un lugar simbólico para los miedos y el peligro; esta sección incluye, además, las formas en las cuales la población responde a los estigmas que enfrenta.

LA CARPIO, UNA COMUNIDAD MIGRANTE

La Carpio es probablemente la comunidad más centroamericana de Centroamérica, pues en ella habitan personas migrantes de diversas zonas de Costa Rica (especialmente de la zona sur) y de los diferentes países de Centro América, principalmente de Costa Rica y Nicaragua. Según el Censo 2000 de las 13.866 personas que viven en La Carpio, el 49,1% son nicaragüenses; 0,9% son de otras nacionalidades y la mitad restante está conformada por costarricenses. Otros estudios toman como referencia el año 2004, en la comunidad habitan alrededor de 22.296 personas (Sandoval, 2005).

Esta comunidad surge en el año 1993, cuando varias familias tomaron los terrenos, en búsqueda de un lugar estable y económicamente accesible en donde vivir y, hasta la fecha, cuentan con “derechos de posesión”, pero no tienen documentos legales sobre las propiedades (titulación); el nombre del asentamiento proviene de uno de los promotores de la toma de terrenos. La Carpio reúne, entonces, a población excluida históricamente, en muchos casos obligada a migrar de espacios rurales a urbanos, sin posibilidades de acceder a los programas de acceso a vivienda. A esto se suman las condiciones propiciadas por las medidas neoliberales que aplicaron los Gobiernos desde los años

ochenta, las cuales han conducido a una mayor concentración de la riqueza y el desplazamiento de actividades productivas en las zonas rurales.

La situación de La Carpio, al igual que la de otras comunidades urbanas como Barrio Nuevo (Curridabat) y Guararí (Heredia), se enmarca en el incremento de la segregación residencial que tiene en su base la pobreza y la riqueza, la cual se ha acrecentado en los últimos años en el Gran Área Metropolitana del país (PEN, 2004:125). No está de más indicar que se trata de situaciones que se dan tanto en el resto de América Latina como en el mundo del centro capitalista.

En la población de La Carpio predominan básicamente dos grupos: trabajadoras y trabajadores y población menor de edad (según el Censo 2000, cerca de un 47% de la población tiene entre los 0 y los 17 años). En la comunidad una de las principales limitaciones para el desarrollo de las capacidades se da en el ámbito educativo, principalmente al no existir alternativas para que las personas jóvenes continúen estudiando al terminar la primaria; así buena parte de la población joven se ve excluida del sistema educativo, pues en la comunidad aún no se ha abierto un colegio y las posibilidades de cubrir el transporte y otros gastos para asistir a los centros educativos capitalinos es limitada. La población trabajadora se desempeña en diferentes labores de servicios, en el comercio formal e informal y una importante cantidad de actividades productivas es desarrollada dentro de la comunidad, especialmente por mujeres, que se dedican a la venta de comidas; otras áreas laborales en las que se ubican los hombres son la construcción y la seguridad privada.

Según lo planteado por Sandoval (2005), La Carpio enfrenta diferentes tipos de segregación, a saber: *geográfica*, ya que se encuentra rodeada por dos ríos (Torres y Virilla) y por tajos que impiden su crecimiento, tiene una única entrada y salida (la calle principal); *estructural*, pues su origen se relaciona con la necesidad de las familias de escasos recursos de buscar un lugar para asentarse y construir sus viviendas; y *simbólica*, debido a que la comunidad experimenta una fuerte estigmatización de parte de la sociedad costarricense la cual tiende a relacionarla con “peligro”, “conflictos”, “criminalidad” y “nicaragüenses”.

En la Ilustración 1 es posible observar las condiciones de segregación que enfrenta La Carpio; hacia el centro se percibe la calle principal que divide a la comunidad en Norte y Sur, en este último sector se ubica La Zona de estudio.

Ilustración 1

Comunidad de La Carpio, vista satelital.



Fuente: Google Earth, 2007.

En Costa Rica, la población nicaragüense enfrenta una fuerte discriminación, por medio de su construcción como “otros amenazantes” (Sandoval, 2002). Aunque en buena parte del país la segregación residencial responde a la clase social, en La Carpio se agrega un componente étnico por medio del cual se racializa⁵ a toda su población (Sandoval, 2005), ya que se dice que es una “zona nicaragüense”, una “pequeña Managüita” o que “ahí sólo viven *nicas*”, palabra utilizada despectivamente para referirse a las personas nicaragüenses (ver Sandoval, 2002); esto se da a pesar de que menos de la mitad de la población que vive en La Carpio es nicaragüense, según el último Censo de Población.

Otro aspecto importante de señalar es que en el año 2000 fue instalado en la comunidad el mayor depósito de basura del Área Metropolitana, administrado por EBI, una empresa canadiense (Sandoval, 2005); esto ocurrió con el apoyo de algunos sectores de vecinos y

5 El concepto de racialización fue desarrollado por Robert Miles y Paul Gilroy, y describe un proceso en el que ciertos grupos o comunidades son constituidos en “otros” a través de un trabajo de representación en el cual, características biológicas o culturales son empleadas para otorgar un sentido de diferencia a algunas personas (Miles y Gilroy, citados por Sandoval, 2002: 6). Esas imágenes de diferencia no surgen sólo mediante el proceso de racialización sino también por el papel que juegan factores como la clase social y el género; la racialización de ciertas comunidades y su representación como “otros” no guarda relación con sus rasgos “biológicos” o “culturales”, sino con las características de quienes construyen dichas imágenes de “otredad” (Sandoval, 2002).

vecinas, y a pesar de la oposición de muchos otros, por eso, la situación ha sido fuente de conflictos. El Gobierno y la empresa aseguraron que la comunidad vería mejorías, que se otorgarían los títulos de propiedad, se asfaltarían las calles, se pondrían cañerías, etc., a cambio de permitir la instalación del relleno sanitario. En el año 2004, algunos vecinos y vecinas bloquearon la vía de acceso a la comunidad en manifestación por el incumplimiento de esas promesas; la policía dispersó la manifestación con gases lacrimógenos y provocó una situación de emergencia al afectar con el humo a gran cantidad de personas, principalmente niños y niñas, y a muchas personas que estaban en sus casas. Algunos vecinos fueron detenidos en el momento y en los días posteriores; muchos de ellos inclusive no estaban presentes en la comunidad el día que ocurrieron los hechos; en algunos casos permanecieron hasta cuatro meses en la cárcel. Aunque la construcción, que hace la sociedad costarricense, sobre esta comunidad se basa en la nacionalidad, parece ser que la percepción de inseguridad es la que crea las diferenciaciones en el imaginario comunal dentro de La Carpio; es decir, se percibe el entorno inseguro y se identifican unas zonas como “más peligrosas” que otras (VV AA, 2007). De esta forma, se habla de un “lugar” que reúne una construcción hipercriminalizada sobre sí, el cual es conocido como “La Cueva del Sapo”. Son dos las situaciones que me llevaron a investigar sobre La Cueva del Sapo: primero, la ubicación y los límites difusos que poseía este espacio para las personas de La Carpio, lo cual remite más a una construcción de fronteras simbólicas y, segundo, los diferentes y significativos nombres con los cuales se designa a lo que es supuestamente el mismo lugar (La Pequeña Gran Ciudad, La Cueva del Sapo, Corazón de María, Corazón de Jesús, La Libertad). En el transcurso de la investigación apareció otro elemento de importancia: la tendencia recurrente entre vecinos y vecinas a ubicar lejos de donde se vive al “lugar” llamado La Cueva del Sapo.

Tanto la percepción de la inseguridad y el peligro, como la incomodidad de algunos vecinos y vecinas con el nombre y los límites difusos, me condujeron a detectar formas de diferenciación a lo interno de la comunidad de La Carpio. En un medio de exclusión social urbana, llamaron mi atención las formas en las cuales la segregación y la estigmatización se replicaban a lo interno de la comunidad. De esta manera, fue posible acercarse a la parte territorial, histórica, simbólica y vivencial de la segregación dentro de la segregación.

LA ZONA

Como bien han señalado diversos autores y autoras, el “[...] espacio forma parte de nuestra vida y la relación que mantenemos con el mismo está, irremediabilmente, mediatizada por la cultura, que se vale de diferen-

tes instrumentos para controlar el movimiento de nuestros cuerpos en dicho espacio [...]” (Zavaleta, 2005: 3). Asimismo, es fundamental tomar en cuenta las transformaciones económicas que impactan la estructuración de las ciudades, así como los factores de orden geológico, topográfico, geográfico que usualmente “[...] se han traducido en la agudización de problemas como la segregación racial, la discriminación de grupos sociales y una creciente desigualdad en el desarrollo económico, no sólo a nivel regional sino también a nivel intraurbano” (Montoya, s/f: 7).

Entonces, a los elementos físicos se suma la capacidad humana de dar significación a los espacios, pero a la vez dichos significados inciden sobre las personas, en un proceso continuo de construcción de significantes. De allí que “[...] la definición de un lugar es indispensable en la conciencia de quien lo habita (Daniels, 1985; citado en Montoya, s/f: 7) y, al mismo tiempo, en la de quien lo nombra. Valiéndonos de estos elementos, procederemos a explicar lo que ocurre en torno a La Cueva del Sapo, a la cual denominaremos La Zona.

Ubicados al sur de La Carpio existen dos sectores políticamente reconocidos: La Pequeña Gran Ciudad (uno de los más grandes de la comunidad) y La Libertad; cada uno cuenta con comité de desarrollo, el cual participa en el Consejo de Desarrollo Comunal de La Carpio (CODECA), organización que reúne a todas las asociaciones de la comunidad.

El resto de La Carpio ha hecho una construcción simbólica de estos lugares, que se concreta en el nombre “La Cueva del Sapo”, y se basa en un imaginario que atribuye casi exclusivamente peligro y violencia a ese lugar. Como vemos en la Ilustración 2, La Zona se encuentra conformada por La Pequeña Gran Ciudad en su totalidad y por una parte del sector La Libertad (cabe aclarar que los límites trazados son aproximados, no corresponden a los oficiales).



Ilustración 2

Sectores
La Pequeña Gran Ciudad
y La Libertad, vista satelital.

Fuente: Google Earth, 2007.

Sandra indica que ella vive en el “Bajo del Sapo”, no en La Cueva del Sapo, la cual “es más abajo”; Marianela y Gerardo dicen vivir en La Pequeña Gran Ciudad; Xinia, que vive casi en diagonal a Gerardo, me dice que vive en el Corazón de María, estas señoras y el señor coinciden en que La Cueva del Sapo se ubica en un punto alto, a unos doscientos metros de sus viviendas. Las personas que viven en el punto alto, como Emilia, indican que allí se llama La Libertad, y que La Cueva del Sapo es “allá abajo”. Raquel me explica que la gente confunde toda La Pequeña Gran Ciudad con La Cueva del Sapo, pero que ésta última queda cerca de la orilla del río. La conclusión pareciera ser que nadie habita en ese lugar o que a nadie le gusta mencionar ese nombre; sin embargo, como otros jóvenes, Alex me dice que él vive en La Cueva del Sapo, que es un “cueveño”. Algunas referencias de personas externas plantean que la zona va desde los teléfonos de la cuarta parada (ubicados en la parte alta, cerca de los terrenos planos) hasta el río; y otras personas indican que La Cueva se extiende desde la “cuarta parada”, abarca las calles aledañas hasta “abajo”.

En los relatos de las personas a veces coincide el espacio geográfico designado a La Zona con los sectores; se mencionan acá por los vínculos que establecen las personas para alejarse del “lugar rechazado”. Es decir, las personas que viven en La Pequeña Gran Ciudad ubican La Cueva del Sapo en una de las partes altas (en La Libertad); también se da que quienes viven en La Libertad señalan que La Cueva del Sapo se localiza en el sector de La Pequeña Gran Ciudad. Para algunas de las personas, principalmente las personas jóvenes, sólo existe La Cueva del Sapo como lugar geográfico, físico e identitario. Para algunas personas adultas, especialmente las vinculadas con ámbitos religiosos o político-comunales, el nombre “correcto” es La Pequeña Gran Ciudad, La Cueva del Sapo es un “apodo” o un “mal nombre”.

Al ser La Pequeña Gran Ciudad en su totalidad parte de La Zona en estudio, enfocaremos el análisis en las situaciones que enfrenta este sector, el cual limita con el río Torres. Algunas personas ubican La Cueva del Sapo en la parte más próxima al margen del río; esta parece ser una forma de diferenciación interna de La Zona, estableciendo una barrera interna con respecto a quienes viven al margen del río, pues se les ubica en “un lugar más bajo”; esto se detectó principalmente entre los muchachos jóvenes. Las personas que habitan en este espacio cercano al río, denominado por la gente como el “bajo del río” o “el río”, tienen menos tiempo de vivir en La Carpio; son familias en condiciones de pobreza extrema, que se ven obligadas a vivir en zona de riesgo, enfrentando eventualmente las inundaciones del río y los derrumbes que ocurren debido a las lluvias. Esta barrera interna se encuentra vinculada estrechamente con la clase social.

La Cueva del Sapo tiene un peso fundamental en la dinámica comunal como punto de referencia tanto geográfica como simbólica. Yerlin, una escolar que dibujó su comunidad, La Carpio, lo hizo trazando la calle central, las paradas del autobús (puntos de referencia fundamentales para dar las direcciones y ubicarse en la comunidad) y dibujó una forma redondeada similar a una “u”, en la parte sur a la que rotuló: Cueva del Sapo.

Es por estas situaciones que el nombre dado a la microlocalidad va a variar en términos del interlocutor, de su edad y de su cercanía o no a una u otra denominación; sin embargo, en la mayoría de los casos las personas expresaron su incomodidad y molestia ante el uso de esa denominación.

La Cueva del Sapo es un espacio segregado socialmente a lo interno de la comunidad; las personas saben que existe dicho lugar, tienen noción de dónde se ubica, pero los límites del mismo no están claramente definidos y son más bien ambiguos; al preguntar por este sitio te brindan referencias muy diferentes y, en ocasiones, especialmente quienes viven en otros sectores, utilizan calificativos despectivos o alarmistas para referirse al mismo. La Cueva del Sapo constituye, entonces, un espacio identificable, ubicable, pero no delimitable.

Así constituye un “lugar aparte” en las narrativas de las personas que viven en La Carpio, cuyos límites no están reconocidos oficial ni políticamente, ni son del todo claros y, sin embargo, se habla de su existencia para “ubicar” un punto “peligroso” y “problemático”, calificado despectivamente y rechazado por las personas dentro y fuera de la comunidad. Esta situación constituye el centro de la investigación realizada, que remite a la construcción simbólica de un espacio. La situación descrita hasta el momento evidencia que “[...] lo que desde afuera parece un conjunto monolítico es visto por sus miembros como un cúmulo sutilmente diferenciado de ‘microlocalidades’ [...]” (Wacquant, 2001:131). Un ejemplo de esas microlocalidades lo constituye La Zona.

BARRERAS SIMBÓLICAS: LA CONSTRUCCIÓN DE LA EXCLUSIÓN

En La Pequeña Gran Ciudad existen alrededor de trescientas ochenta y cinco viviendas y un número un tanto mayor de familias, pues en la misma vivienda suelen vivir varios núcleos familiares. Tanto en La Libertad como en La Pequeña Gran Ciudad, las vecinas y vecinos han realizado importantes esfuerzos de autogestión, con el fin de solucionar algunas de las problemáticas que les afectan⁶.

⁶ A diferencia de La Pequeña Gran Ciudad, el sector La Libertad sí ha recibido apoyo del Consejo de Desarrollo Comunal de La Carpio (CODECA). Por ejemplo, durante el año 2006 la Asociación Específica y Pro-vivienda del Sector La Libertad construyó el salón

Un ejemplo de esto es la construcción de la calle por parte de los vecinos y vecinas de La Pequeña Gran Ciudad; el comité vecinal ha solicitado y organizado las donaciones de materiales, dinero y trabajo para realizar las obras los fines de semana, principalmente domingos, trabajando para mejorar el paso de personas y vehículos y la canalización de aguas.

También, hace algunos años, se formó un grupo de vecinos en respuesta a los sentimientos de desprotección y ante los hechos delictivos que sufrían las personas del sector; entonces, se armaron para vigilar por las noches. Esto tuvo resultados por un tiempo, pero luego se disolvió ante el temor a ser descubiertos; se trató de una iniciativa para tomar acciones por las propias manos, ante la ausencia de respuestas estatales.

Son múltiples las necesidades que plantea la población de La Pequeña Gran Ciudad, entre las principales podemos mencionar:

- Una guardería: pues muchas mujeres trabajan y no tienen la posibilidad de dejar a sus hijos e hijas en un lugar seguro, por eso muchas veces se quedan solos en sus casas durante el día, o deambulan por la calle. Además, las guarderías que existen no dan abasto y los horarios que poseen no se ajustan a las necesidades laborales de las madres y padres.
- El agua potable: en el sector existe una importante escasez de agua potable especialmente durante el día, debido a que un tubo muy pequeño es el que abastece a las trescientas ochenta y cinco familias del sector. Se han dado diversos conflictos con algunos vecinos de la parte alta que se han conectado al tubo para abastecerse individualmente, limitando el acceso del resto de la comunidad. Acueductos y Alcantarillados (AyA), institución encargada, afirmó no tener fondos para atender la situación del sector; entonces, la población y dicho ente llegaron a un acuerdo ofreciendo poner la mano de obra para abrir las zanjas si la institución les brindaba la asesoría y conducción técnica; al final les indicaron que el proyecto no se va a llevar a cabo porque la persona encargada había renunciado.

comunal-guardería La Libertad, con el apoyo financiero de la Fundación Humanitaria y de CODECA. Se trata de una asociación conformada principalmente por mujeres, las cuales no recibieron capacitación ni orientación de parte de DINADECO (Dirección Nacional de Desarrollo de la Comunidad), entidad encargada; la parte administrativa de la asociación la aprendieron a ejecutar en la práctica. Actualmente, este salón cumple con diferentes funciones importantes para la comunidad: guardería para niños y niñas, clases de inglés para jóvenes y adultos, reuniones de organización y capacitación comunitaria, entre otras. CODECA también contribuyó en el asfaltado de la calle que lleva a este sector.

- Entubamiento de las aguas de desecho: en el sector no existen adecuados sistemas de desagüe y alcantarillado, por lo cual las aguas llovidas y las de desecho circulan por las calles y en ocasiones inundan algunas casas, especialmente en la época de lluvias cuando el agua circula hacia las partes bajas. Otra situación apremiante es la contaminación de las aguas para consumo humano con aguas residuales, debido a la ausencia de alcantarillado. A pesar de las denuncias ante AyA y CODECA, no se ha dado atención a un problema que pone en grave riesgo la salud de la población.
- Las calles: la necesidad de asfaltado en las calles del sector es prioritaria; muchas veces existen dificultades para que ambulancias, taxis y otros servicios ingresen a la zona, debido al mal estado de la vía. Durante el invierno el paso por las calles se dificulta aún más por el barro y el agua que corre por ellas.
- Teléfonos públicos: no existen teléfonos públicos en el sector, para acceder a este servicio las personas deben subir hasta la cuarta parada. Esto presenta importantes deficiencias en el acceso a la comunicación para la población, en especial, porque la mayor parte carece de teléfono fijo en la vivienda. Asimismo, representa un grave riesgo ante una emergencia.
- El comité del sector no tiene un lugar para reuniones: no existe un espacio que permita la realización de las reuniones y actividades de la comunidad.

¿Por qué estas necesidades no han sido solventadas a pesar de la insistencia del comité y de la población del sector? Los vecinos y vecinas de La Pequeña Gran Ciudad analizan este problema desde una situación histórica de abandono. Se trata de un abandono y/o evasión institucional por parte del Estado y la exclusión social, que se da, sostiene y a la vez proviene de la estigmatización. En esa relación entre necesidades y exclusión, es posible retomar el término “aprovisionamiento” (Hannerz citado en Wacquant, 2007: 232) para indicar que la satisfacción de necesidades materiales, sociales y culturales de los habitantes influye directamente sobre su grado y su sensación de inclusión en la sociedad.

De esta manera, el olvido experimentado por las personas que habitan La Pequeña Gran Ciudad, provocado por el estigma que se ha construido en torno a La Zona, se presenta en diferentes facetas de sus vidas cotidianas: los servicios públicos, las necesidades básicas y la atención institucional. Así lo comentan Florencio y Eugenio, respectivamente:

“Ha habido poco cambio en ese sector de la comunidad [...] El cambio que tal vez ha ocurrido es que se ha poblado más [...] pero cambios no han habido porque esa parte está olvidada, prácticamente, ese sector es olvidado del Gobierno y de todo”.

“[...] este sector ha tenido inversión pero en lo que es gente, ha ingresado muchísima gente, pero en sí, lo que es inversión en carreteras y alcantarillado, eso no ha tenido ninguna. De todos los sectores de La Carpio [...] es uno de los sectores más abandonados y no porque la gente no quiera, sino porque nadie quiere ayudar; incluso CODECA, que es una de las entidades más responsables para tener que ayudar en diferentes sectores, a nosotros no nos ha dado ninguna ayuda”.

Así, las personas que habitan en La Pequeña Gran Ciudad enfrentan el olvido y la exclusión, como las principales consecuencias del establecimiento de barreras simbólicas sobre su sector; se sienten olvidadas por las instituciones, el Gobierno y por las organizaciones comunales. Irma resume la imagen del olvido en una frase muy ilustrativa: “[...] como estamos acostumbrados a que nadie nos ayude, cada quien se rasca como puede!”. Y continúa Eugenio: “Situaciones que tiene que arreglarlas uno que son responsabilidades de instituciones del Gobierno, como lo que son situaciones del agua, que es responsabilidad de Acueductos y Alcantarillados, tenemos que ver cómo lo resolvemos nosotros porque ellos no vienen”.

Como indica Marianela: “Este sector ha estado abandonado”. Una explicación a dicha situación se manifiesta al indicar, por un lado, el hecho de que la mayor parte de la población del sector es de origen nicaragüense (refiriéndose a la xenofobia y a la imposibilidad de exigir el reconocimiento de derechos sociales) y, por otro, el juego político clientelar que atiende a lugareños en posición de ser ciudadanas y ciudadanos “reconocidos”, es decir, potenciales votantes (Balibar, 2004). Por esto, como plantean Eugenio y sus vecinos, la exclusión se reproduce en el plano político, pues denuncian que CODECA tiene favoritismos, y beneficia a ciertos sectores, aprobando unos proyectos y obviando otros. Dicha entidad es la encargada de administrar los recursos provenientes del depósito de la basura, los cuales se deben encaminar a la realización de proyectos; el comité del sector ha presentado varias veces propuestas y la respuesta es que “se pierden”; en ocasiones no les notifican sobre la realización de las reuniones de dicha entidad. Indican que ninguna organización fuera o dentro de La Carpio ha querido darles ayuda. Debe tenerse en cuenta que el sector de La Pequeña Gran Ciudad ha tenido dificultades para organizarse, pues quienes hasta la fecha habían asumido puestos comunales se aprovecha-

ron para obtener beneficios personales, en ocasiones se le pidió dinero a la población pero no se realizaron las obras, por lo cual la gente se ha cansado y esto ha repercutido en la participación; sin embargo, se han dado importantes obras de trabajo comunal organizado desde quienes allí habitan, con trabajo voluntario, aportando sus propios recursos (sociales y económicos). Es a partir del año 2004 que comienzan a asociarse e involucrarse más formalmente; sin embargo, según comentan representantes comunales, ha pesado más el estigma que cae sobre este sector, pues ante las diferentes gestiones llevadas a cabo para solventar sus necesidades, han recibido infinidad de trabas y discriminación. Por eso la asociación ha tenido que recurrir al autofinanciamiento y al apoyo vecinal con dinero, trabajo y materiales para realizar las obras. En concreto, la situación que enfrenta este sector es narrada por Irma:

“[...] y toda la gente se oye, es que allí es La Cueva del Sapo, es que allí es peligroso, dicen mucho eso, que ese lugar La Cueva del Sapo, y creen que es aquí, no, aquí mire aquí es sanito, aquí no hay chapulines⁷, aquí no hay, pasan por allá pero que aquí haya chapulines o que sea peligroso, no [...] usted va a la clínica aquella que es evangélica y usted va a oír a las del barrio que ¡ay! que La Cueva del Sapo, que dicen que es peligroso, que todo el que llega lo matan, lo asaltan, aquí no pasa nada, tal vez en la noche que crucen ahí sí no les digo nada porque los chapulines de todos lados ahí andan sueltos, pero aquí no, aquí es sano, aquí hay varios muchachos solteros, pero la mayoría estudia”.

Y como lo cuentan las propias personas de La Pequeña Gran Ciudad, la interpelación estigmatizante es directa, por ejemplo, cuando Raquel ha solicitado servicios en el AyA le responden: “el sector es de alta peligrosidad, lo siento”; y yo, “¡por favor!, si ya han bajado, han estado en mi casa”. Según esta vecina, en otras ocasiones, a la respuesta negativa recibida se suman calificativos sobre las personas del sector indicando que son quienes más molestan, los más peligrosos y quienes menos pagan. Estas situaciones enfrentadas por La Pequeña Gran Ciudad y su población nos cuestionan sobre el origen de la estigmatización y la construcción de La Cueva del Sapo como lugar de lo repudiable y de la marginalidad.

7 La palabra “chapulines” es utilizada en Costa Rica para etiquetar a las personas jóvenes, niños y niñas de la calle, un término vinculado con la marginalidad, asaltos, adicciones, violencia, improductividad, delincuencia, vagancia y peligro. Esta denominación despectiva fue creada por los medios de comunicación al comparar con la del chapulín o langosta, la forma de actuar atribuida a estas personas, que consiste en movilizarse y asaltar en grupo.

UNA RECONSTRUCCIÓN HISTÓRICA DEL ESTIGMA

Según Lefebvre, la segregación urbana es un fenómeno de dimensiones sociales y espaciales, “[...] Social en tanto que sus raíces tienen a la base la forma de organización de la sociedad misma y las relaciones sociales que los individuos establecen entre sí de cara a la reproducción de las condiciones materiales y subjetivas de existencia. Espacial en tanto que esas relaciones se establecen en un territorio desigualmente equipado, diferencialmente simbólico y socialmente producido [...]” (citado en Mora y Solano, 1993: 18). De allí que La Pequeña Gran Ciudad, al igual que La Carpio, sean ejemplos de segregación urbana.

Los terrenos sobre los cuales se levanta La Pequeña Gran Ciudad poseen dos características importantes: su ubicación al sur de la comunidad y su composición irregular, localizados en un desnivel constituido por algunas de las franjas menos privilegiadas geográficamente. Al encontrarse cerca del río y debido a la inestabilidad de algunas secciones de los terrenos, buena parte de La Zona se encuentra en riesgo ante los desastres; además, el lugar se estableció en lo que anteriormente eran tajos por lo cual se trata de terrenos explotados y agotados. En el lugar pueden verse paredones del antiguo tajo, las improvisadas carreteras para sacar materiales del mismo y la forma en que la vegetación ha cubierto esas paredes.

Mucho tiempo antes de la existencia del asentamiento, parte del sector de La Pequeña Gran Ciudad, al igual que el resto de la comunidad, estaba sembrada por plantas de café. Al parecer, en algún momento se planeó destinar este lugar a un parque recreativo para La Carpio, pero las personas fueron poblando la zona a pesar de la molestia de algunos líderes o sectores comunales. Andrés menciona las agotadoras faenas dedicadas a la limpieza de terrenos:

“[...] yo quería hacer un rancho aquí. Y estando yo abajo en aquella grande espolvalera⁸ [...] cogí un pedacito de terreno. Entonces, como a los tres, cuatro días la muchacha se apareció [...] yo ya tenía un ranchito hecho [...] había que pasar días y días limpiando, días y días limpiando aquellos terrenos, porque eran quebrados, había que rellenarlos, limpiar toda la maleza y rellenarlos. Así fue cómo se comenzó a fundar La Pequeña Gran Ciudad [...] pega con María Auxiliadora, pega con el barrio, el barrio que se llama La Libertad y pega con las Brisas.”

⁸ Polvareda.

Otro elemento central para comprender la construcción histórica del estigma que recae sobre este sector es la existencia, en los orígenes de La Carpio, de un botadero en los terrenos de lo que hoy constituye La Pequeña Gran Ciudad. Primeramente, los hospitales cercanos y luego la comunidad depositaban todo tipo de desechos (escombros, basura doméstica, chatarra y otros desperdicios) en dicho lugar⁹. Debido a la contaminación, muchos vecinos y vecinas enfermaron al llegar al lugar, situación que puso en grave riesgo la salud y la vida de la población.

La presencia de la basura aporta varios elementos ligados a los “desechos”, a lo “despreciable” y, además, como lo plantean algunos vecinos, lo “repulsivo”, asociado al mal olor, la náusea, el asco. Estos elementos se encuentran presentes en las imágenes peyorativas que se expresan sobre La Cueva del Sapo y sobre La Carpio, y en ellas se comparte la asociación entre comunidad y basura.

Vivir en un basurero es vivir en el lugar al que va todo aquello que la gente no quiere, expulsa, bota o rechaza, eso que es lanzado al olvido, de lo cual una sociedad quiere deshacerse, aquello que quiere ocultarse de la mirada. Es vivir en un lugar considerado excrementicio, la “[...] basura genera aversión y repugnancia, pues es la negación de la salud, de la fertilidad y de la vida, de todo aquello que queremos poseer [...]” (Reis, 2007:57); se trata del lugar donde se coloca lo que sale del cuerpo social en forma de desecho colectivo. Estos aspectos se convierten en marcas identitarias, reforzadas por un colectivo humano que las sostiene a lo largo del tiempo, a veces en el inconsciente.

Siguiendo a Reis (2007: 57), la basura es: “[...] una cosa dotada de cualidades despreciables y asquerosas, asociada casi siempre a lo inútil pero peligroso, a lo descartable y sobrante, y al mismo tiempo, un lugar que se mantiene a distancia, un lugar para las deyecciones y desperdicios. Esta relación social con la basura –el deseo de mantenerla distante y el miedo a identificarse con su significado– produce un modelo de acción pública que insiste en perdurar hoy: esconderla del paisaje urbano y amontonarla en un lugar distante”.

Es por eso que este autor apunta que en la producción del espacio urbano, los mecanismos de segregación se encuentran vinculados con las ideas de separar y expulsar (Reis, 2007: 57), de allí que la segregación urbana tenga directa vinculación con las formas en las que se maneja material y simbólicamente “lo desechable”, lo considerado descartable para una sociedad, entre ello, la pobreza. Por eso, siguiendo a Elias y Scotson, “[...] los excluidos suelen ser considerados sospechosos

⁹ La finca en la que se encuentra La Carpio pertenecía a la Caja Costarricense de Seguro Social –CCSS–, por lo cual fue usada como botadero por parte de algunos hospitales de la institución.

de quebrar normas y tabúes. Se activan entonces complejas relaciones entre orden social, estética y moralidad, de tal forma que los grupos excluidos no sólo son percibidos como violadores de las leyes y normas, sino también como particularmente no ‘limpios’[...]” (1994; citado en Sandoval, 2002: 14).

De aquí la relevancia que muestra la conexión entre el lugar de desechos y el rechazo social que experimenta la microlocalidad. Esto se encuentra mediado por intenciones de control institucional, que pueden pasar por la intervención y por la negligencia.

Ian (1997) señala que la contaminación es algo que produce temor, y que una propiedad que tiene el asco es la de transformar lo asqueroso en contaminante y contagioso lo cual implica que funciona en cierto modo de forma mágica, puesto que cuenta con poderes extraordinarios de penetración y persistencia; asimismo, el asco puede llevar a la angustia, aunque,

“El miedo sin el asco nos impulsa a huir en busca de seguridad y alivio, pero el asco conlleva la obligación de limpiarnos y purificarnos, que es una labor más intensa y problemática que la mera huida, lleva más tiempo y siempre nos queda la duda de no haberlo conseguido completamente (Ian, 1997: 52).

Finalmente, cabe señalar que el cierre de este botadero se consiguió por medio de la organización y la lucha de los vecinos y vecinas cercanas al mismo; denunciaron el riesgo para la salud de los niños y niñas y la gran cantidad de moscas que generaban los desechos. Sin embargo, una vez clausurado el botadero, el reto lo impone el rechazo y el señalamiento por vivir en esta zona, resabios de la repulsión provocada por la basura.

Sin embargo, Melisa, una de las jóvenes, rescata una relación distinta con los desechos. Ella recuerda que las personas de escasos recursos reutilizan lo que los sectores sociales opulentos desechan; a un botadero cercano, ubicado en Pavas, iban a dar materiales utilizados por ella, su familia y vecinos para reforzar sus viviendas; inclusive, sus juguetes provenían de allí, pues todos habían quedado en Nicaragua cuando migró hacia Costa Rica. Melisa muestra cómo, muchas veces, sectores de la sociedad en su condición de excluidos deben ingeniárselas para extraer recursos de lo que desecha la sociedad de consumo y la opulencia de las clases altas. La narración de la separación de sus juguetes es un elemento central en sus referentes como niña inmigrante; la reconstrucción a partir de lo que otros desechan evidencia la perversidad del sistema actual de consumo y, una vez más, las inequidades sociales que lastiman directa e impunemente las identidades de los sectores más vulnerabilizados.

Pasando a otro punto, aunque los recuerdos de los inicios de la comunidad sobre este sector se vinculan con la consecución del agua, líquido vital, la percepción que prevalece sobre el lugar es la estigmatizada. Según comentan en La Zona existían unos tubos de los cuales se abastecían de agua potable para sobrevivir en una época en la cual no tenían dicho servicio en sus casas; las filas de espera y las condiciones adversas de ese momento propiciaban los conflictos y las disputas para obtener el preciado líquido.

Cabe preguntarse ¿cómo un lugar que proveyó de tan importante recurso a buena parte de la comunidad es identificado con las imágenes más negativas dentro de La Carpio?, ¿qué elementos han mediado para que una zona altamente valorada se convierta en el receptáculo de los temores y los aspectos de mayor rechazo para las personas?

Debe, entonces, anotarse otro elemento: la pobreza. Desde los orígenes de La Carpio, La Pequeña Gran Ciudad fue poblada por las personas de más escasos recursos económicos; algunas personas lo recuerdan como “un lugar habitado por personas en drogadicción”, con lo cual se refuerza una imagen de “degradación” e “ilegalidad”. La población levantó sus viviendas con madera, zinc y plásticos, materiales que obtenían de botaderos, según cuentan. En la actualidad, muchas familias en el sector no pueden satisfacer sus necesidades básicas, lo cual ha llevado a sacar a los hijos e hijas de la escuela y a propiciar la búsqueda de trabajo remunerado en la población joven y adolescente; esto coloca en posición de vulnerabilidad a dichas poblaciones, pues, en muchos casos, por la edad y por las regulaciones nacionales, no obtienen trabajo y quedan como una población desocupada, excluida de las oportunidades, muchas veces es la calle el único espacio para su desarrollo cotidiano.

La Pequeña Gran Ciudad, al ser una zona marginada inclusive a lo interno de la comunidad, fue de los últimos lugares en los cuales se instalaron los servicios públicos y, aún en la actualidad, existen hogares que no cuentan con los mismos; esto genera ideas entre las y los habitantes de La Carpio que identifican a la microlocalidad como “atrasada”, en relación a los sectores “más avanzados” (los cuales son localizados “arriba”, hacia el centro de la comunidad, cerca de las calles asfaltadas y de la escuela).

Al ser de los lugares en los que más tardíamente llegaron servicios como la electricidad, fundamentalmente el alumbrado público, las personas mencionan en sus discursos el miedo relacionado a la oscuridad y la ausencia institucional. La vulnerabilidad se incrementaba con la fragilidad de las construcciones (por los materiales con los cuales se encontraban construidas). Por otra parte, en invierno se acrecentaban las dificultades, pues con los aguaceros las calles se convertían en resbalosos lodazales, que eventualmente les impedían salir del sector.

Estas son situaciones que aún hoy afectan a la población del sector. En ese sentido, las personas habitantes en esta microlocalidad realizan una comparación entre el antes y el ahora, señalando que “antes” predominaba el miedo (temores), “todo era más difícil”, había “oscuridad” y era “más solo” (había mayor soledad, menos personas, menos redes, menos presencia institucional). En el “ahora” se ubica el progreso, sobre todo relacionado a la instalación del agua y la electricidad, y a la unión de las personas; sin embargo, como puede notarse, persiste un discurso sobre el peligro y la inseguridad.

En síntesis, las malas condiciones del terreno, la existencia de un botadero, las condiciones de pobreza, la exclusión social experimentada por la población, las referencias en la memoria comunal a la presencia de personas en drogradicción en esa zona y de sujetos que se dedicaban a actividades ilícitas y, posteriormente, a la predominancia de población nicaragüense, son elementos que se tradujeron en el desprecio manifestado hacia el territorio y, posteriormente, hacia sus habitantes, es decir en la construcción de este estigma.

Se vislumbran los límites y fronteras sociales más significativas, imágenes construidas sobre “desecho social”, la “clandestinidad” y el “delito” parecen estar ligadas a los orígenes de esta zona y permanecen, sobre todo imaginariamente, vinculadas con las nociones que construyeron sobre la población que allí habitaba, lo cual “marca” a ese territorio como “despreciable”. Sin embargo, nos queda aún por fuera una parte de esta reconstrucción, la cual toca el tema del nombre La Cueva del Sapo, sus orígenes y atribuciones.

DE NOMBRES E IDENTIDADES

Con respecto al nombre, tres situaciones sobresalen como importantes para ser desarrolladas: el origen de la denominación La Cueva del Sapo, los significados atribuidos al mismo y los esfuerzos por “renombrar” al lugar, llevados a cabo principalmente por entes externos a La Zona.

Con el tiempo, las comunidades y el espacio social crean relaciones y representaciones en las que vinculan espacios y cuerpo. En ese sentido Hall (1996; citado en Entel, 2007: 35 y 43) indica que la identidad actúa en la fantasía y construye imaginarios, la identificación no es unidireccional, produce efectos frontera, requiere del reconocimiento al tiempo que resulta constitutiva la diferencia.

En torno al nombre se juegan elementos fundamentales de la identidad barrial, que sintetizan los aspectos físicos del espacio con las valoraciones subjetivas que se construyen sobre dicho espacio (Garcés, 2006). De esta forma para una buena parte de la población de La Zona, el uso del nombre La Cueva del Sapo, para referirse al lugar en que viven, es molesto, incómodo y vergonzoso. En algunos casos, las

personas bajan la voz para decirlo. Una parte de la población de la microlocalidad rechaza por completo el nombre, pues es consciente del estigma que vive por parte de la comunidad de La Carpio y del resto de la sociedad costarricense¹⁰.

Según los testimonios, el nombre La Cueva del Sapo tiene diferentes orígenes. Unas personas indican que dicha denominación proviene de las características geológicas de la zona, que se asemejan a un sapo, y a su ubicación “en lo bajo”; también se mencionó que se debe a la presencia de sapos durante el invierno. Otras personas indican que fue un grupo juvenil (una “pandilla”) que se autodenominó así, y nombró de esa forma “su” territorio; que la referencia a “cueva” se vincula con las posibilidades de esconderse que tiene el lugar, tanto en las entradas angostas (callejoncitos) como en un lugar (un galerón) en el cual se reunía y “ocultaba” dicho grupo. Las personas al narrar esta versión utilizan calificativos que nos muestran la construcción de la idea de “cueva” (“un bajo”, “un hueco”) y, además, señalan reiteradamente que de allí proviene lo malo, lo negativo: “la maldad”, “la vagancia” o, como dice doña Xinia: “de ahí fue de donde salieron los bandidos”. En otra dimensión, inclusive hay quienes dicen que existió un hombre cuya apariencia física recordaba a un sapo, que al tener problemas legales huyó de la policía en ese lugar. Además, debe decirse que hay otro asentamiento con el nombre de Sapo Triste (Pueblo Nuevo) que se ubica en Desamparados cuya existencia data de 1983 (MIVHA, 2005).

Como vemos, sobre el origen del nombre La Cueva del Sapo existen diferentes versiones, y es posible que el mismo haya surgido de una combinación de algunas de ellas; sin embargo, lo importante para destacar aquí es el carácter peyorativo atribuido por la población al uso de La Cueva del Sapo y la tendencia de sus habitantes a “desubicar” dicha zona, es decir, a indicar que La Cueva del Sapo queda lejos de ellos y ellas, en “otro” lugar.

Por eso, al descifrar la frontera simbólica que se impone con la construcción de La Cueva del Sapo, es necesario explorar los calificativos y los significados atribuidos al lugar. Entre las palabras utilizadas, tanto por sus habitantes como por personas externas, para referirse a La Cueva del Sapo encontramos: hueco, escondite, “lugar metido”, “lugar de mala muerte”, “lo peor”, “lo más duro de La Carpio”, bajo, degradación, agujero, marginal, abandono, oscuridad, subdesarrollo, contaminación, clandestinidad. Como plantea Melgar (2004) lo bajo y

10 En esto también hay similitudes entre el estigma experimentado por la población al indicar que vive en La Carpio y el enfrentado por las personas de La Zona, de allí que en ocasiones, las personas de La Carpio prefieran decir que viven en La Uruca (nombre del distrito al que pertenece su comunidad).

lo oscuro han sido cultural e históricamente ligados a símbolos y metáforas escatológicas y de la sexualidad, afirmándose como dos de sus constelaciones fundamentales. Asimismo, lo “[...] bajo es la acepción más universal para referirse culturalmente a lo terrestre (la tierra y el color de la tierra), lo devaluado o execrable, lo prohibido u oculto, los aromas penetrantes y la hediondez de las miasmas, lo pútrido y lo manchado, las fascinantes y temidas genitalidades. Lo bajo marca la topografía del cuerpo principalmente femenino, empezando con el pie desnudo y terrestre, pero también con sus simbólicos encubrimientos. Las tradiciones patriarcales condensan lo bajo y lo sucio en la sangre menstrual [...]” (Melgar, 2004). Por ello, en algunas dimensiones del estigma parece ser que las referencias a la cueva, lo bajo, el sapo y la marginalidad, remiten en el inconsciente a ideas ligadas a los miedos y desconciertos que genera el universo de lo femenino.

Dichas imágenes sustentan también subjetividades, entre ellas las generadoras de pasiones viscerales: “El asco y el desprecio motivan y sustentan la categoría inferior que tienen ciertas cosas, personas y acciones que se consideran asquerosas y despreciables” (Ian, 1997: 15).

Es muy ilustrativo el caso de David quien plantea las siguientes imágenes sobre el lugar en donde vive:

“Diay, no sé esto no tiene nombre toda esta cochinateda de aquí, todo esto es un ‘huequerillo’ [...] Un hueco cochino, que lo lleva más bien a la destrucción a uno. [...] Uno viene supuestamente a buscar buena vida, todo eso, ¡pero qué va!, más bien va con la muerte de regreso”.

Siguiendo a Melgar (2004), en la constitución de las urbes, ya desde 1495 la arquitectura designa a lo bajo devaluándolo por la “pérdida de visibilidad”, con el apelativo de los “bajos fondos”. Esto es fundamental para entender cómo lo bajo también es vinculado con la ausencia de una mirada que dignifique, la cual no esté devaluada ni sea recriminadora. Los “bajos fondos” califican lo vil, lo abyecto, “[...] el mundo delincuencia, el hampa o el crimen organizado en sociedades que distinguen entre un mundo normal y respetable y su contraparte: el submundo, que posee una jerga o argot, territorios y guaridas donde transgresores de la ley planean y tejen complicidades, organizan ventas ilícitas o establecen sobornos y protecciones contra la acción de la justicia” (Melgar, 2004). A dichas representaciones se suma, por lo tanto, la insistencia en el control e intervención policial de dichos espacios, sin mayor límite, en una apuesta ciega por la institucionalidad represiva y sus tendencias ideológicas.

Esa vivencia subjetiva del espacio se visualiza en las formas en que las personas que allí habitan hacen referencia a éste. Por ejemplo,

en los relatos se utilizaba comúnmente términos como “allá arriba”, en contraposición con “aquí abajo”; también *entrar* o *bajar* para referirse a la llegada a La Zona refuerzan la idea de “cueva” y de profundidad.

Ahora, es importante señalar que la población muestra la búsqueda recurrente de un cambio y la necesidad de renombrar a el lugar; se trata de intentos por conseguir el respeto a los nombres “oficiales”; pero las y los habitantes señalan que los nombres han sido históricamente impuestos por sujetos externos (líderes religiosos, policía, medios de comunicación, pandilla). Además, el cambio de nombre ha sectorizado y dividido a la microlocalidad, en términos religiosos. El sacerdote de la iglesia católica ha pretendido llamar “Corazón de María” o “Corazón de Jesús” al lugar, pero esto sólo es sostenido por las personas que profesan dicha religión. Lo mismo ocurre con “La Pequeña Gran Ciudad” nombre colocado por dirigentes de la iglesia bautista. Aunque se afirma que La Zona siempre ha llevado el nombre “La Pequeña Gran Ciudad”, ésta no es una denominación utilizada en la vida cotidiana; su uso más bien se encuentra ligado a la población inmersa en política (asociaciones de desarrollo, representantes comunales, etc.) y a algunas iglesias (se dice que La Pequeña Gran Ciudad, en la Biblia es Tierra Santa). Sin embargo, este apelativo se construye desde la diferenciación con respecto a La Carpio, una pequeña/gran ciudad, como dice Haidé, “el lugar es pequeño pero a la vez muy grande” y es una ciudad “aparte” lo cual nuevamente nos remite a la construcción de una microlocalidad y a la distinción hecha por las personas entre “extraños” y “conocidos”.

Se plantea el lugar (físico y simbólico) que ocupa o que se desearía que ocupase La Zona; ya que el nombre da un lugar. Por eso, todas estas designaciones encierran importantes significados y junto con las luchas en torno a la autoría del nuevo nombre, se confirma que el lenguaje es un espacio de disputa entre actores sociales que se encuentran posicionados jerárquicamente como lo han señalado Mijail Bajtín y otros (citado en Sandoval, 2002). Más explícitamente, por ejemplo, los cambios de nombre vinculados a grupos religiosos no sólo contienen una demanda de respeto, sino también una intención de “limpieza”, como lo afirma Andrés: “yo pienso que deberían de quitarse eso, limpiar...”.

Por su parte para algunos jóvenes, varones principalmente, el nombre La Cueva del Sapo es un signo identitario, un referente, en especial dentro de la microlocalidad; para otros sólo es motivo de conflicto cuando los molestan fuera de este sector. Es crucial analizar el vínculo que existe entre la gente joven y el espacio, la forma en la que se relacionan con otros jóvenes y la construcción de identidades. Por eso encontramos una identidad sectorizada, lo cual ocurre en toda la comunidad de La Carpio. Si se toman en cuenta la marginalidad, la ex-

clusión social y la socialización de masculinidades hegemónicas (tanto en hombres como en mujeres, jóvenes, personas adultas, niñas y niños), se constatan espacios que eventualmente tienden a hostilizarse. Las presiones sociales (principalmente ejercidas por otros jóvenes), el reto de demostrar constantemente su fuerza y poder sobre otros, la constante interpelación a sus masculinidades (el “ser hombres” pasa forzosamente por demostrar fuerza-violencia, ejercer el poder sobre otras personas), la ausencia de oportunidades educativas viables y adecuadas a sus necesidades, son algunos de los factores que propician que un sector juvenil entre en dinámicas de consumo, que eventualmente conducen a acciones agresivas.

También algunos jóvenes varones perciben de manera bastante hostil el entorno, como en el caso de David:

“Amenazas por todos lados, solo porque uno le cae mal a una persona ya viene y lo golpean y todo, porque uno se vista mejor que el otro, y porque tiene más plata que el otro y ya se pican y comienzan a golpear a uno y le roban a uno toda esa gente.”

Al parecer las diferenciaciones internas en términos de clase social son motivo de agresión, por medio del ejercicio del poder de unos grupos en relación con otros. Precisamente, el atribuir la violencia a la población joven es otro de los estigmas que enfrentan al ser una construcción proveniente del mundo adulto¹¹.

En esto retomamos las ideas de Wacquant (2005) cuando manifiesta que es la visibilidad de la población joven en el espacio público la que incomoda a diferentes poblaciones, pero esa presencia se debe a la ausencia de espacios para la recreación, el trabajo, el estudio. Surge, entonces, la tensión, pues no sólo frente a ese mundo que estigmatiza sino también ante la gente joven que quiera hacer uso de lo único que se tiene: el lugar. Pero un aspecto aún más relevante, que supera este enfoque centrado en la violencia, permite acercarnos a la construcción de las identidades juveniles en La Carpio. En no pocos casos, los jóvenes han elaborado una identidad sectorizada, es decir, según el lugar en donde se vive, se desarrollan elementos referenciales claves, por ejemplo por medio de la apropiación del nombre (“cueveños”, “tercereños”). En el caso de los jóvenes varones de La Cueva del Sapo, hacen referencia a sí mismos como “cueveños”; ellos reivindican con orgullo el nombre

11 Otras investigaciones han encontrado testimonios estigmatizadores sobre los jóvenes, a los cuales se les ubica como fuente de miedo en el barrio, vinculándolos con el crecimiento en la venta y consumo de drogas (para profundizar, ver Entel, 2007).

La Cueva del Sapo, y hablan de la “Cueva Junior”, en especial para nombrar al equipo de fútbol. También ocurre que aunque no se pertenezca a un grupo específico, es el hecho de vivir allí lo que otorga un lugar. En las tensiones entre imaginarios, prácticas sociales y reconocimiento, las identidades de las personas jóvenes de la comunidad juegan con elementos cotidianos, que muchas veces también se encuentran mediados por el control social hacia las poblaciones más vulnerabilizadas. Incluso, como comenta uno de los jóvenes, la policía ha encerrado a miembros de grupos “contrarios”, o habitantes de sectores diferentes con el fin de propiciar peleas.

En las personas adultas de La Zona se registra una fuerte sensación de incomodidad con el nombre “La Cueva del Sapo”, lo cual ha llevado a un intento de reivindicación de los otros nombres y la búsqueda de un reconocimiento oficial de los mismos; sin embargo, esta tarea se torna difícil en especial por otros prejuicios con los que se construyen referencias sobre el lugar. Veamos dos ejemplos. Primero, en el documento *División Territorial Electoral de la República* el Tribunal Supremo de Elecciones (2005) registra la microlocalidad de esta forma: “La Pequeña Gran Ciudad (Bajo del Sapo)”. Y segundo, Oscar López, diputado del Partido Accesibilidad Sin Exclusión (PASE) (2006-2010) en una sesión legislativa, durante un debate sobre el uso de la pobreza para fomentar el clientelismo político dijo lo siguiente:

“¿Cuánta gente? ¿Cuánto extranjero se va a beneficiar de esto? Ustedes se han puesto a analizar cuánta gente hay en lugares... Miren, hay un lugar que tiene un nombre muy lindo, bastante aristocrático, La Cueva del Sapo, así se llama, ahí en La Carpio, por ejemplo. Ese es un lugar calificado por el Ministerio de Seguridad Pública como de altísimo riesgo social, y de altísimo riesgo en seguridad. Vieran ustedes el montón de nicaragüenses y de colombianos que hay ahí, muchos indocumentados, y que sé que están esperando que nosotros aprobemos este proyecto para que se les dé una casa, así como se aplican esos criterios en la Caja del Seguro, donde un costarricense, si no tiene seguro, si no tiene carné, no le atienden, pero si usted llega con acento extranjero, se le atiende con una facilidad pasmosa” (Asamblea Legislativa, acta N° 33, 22 de junio de 2006).

Se hace evidente la construcción desde el peligro que hace sobre el sector y el vínculo que establece entre migrantes y “amenaza” a los servicios públicos, tanto en vivienda como en salud, además de los términos clasistas que utiliza para hacer mofa del nombre.

Aunque la población de La Zona atribuye la autoría del nombre a la policía y la pandilla, el sostenimiento y reproducción del estigma lo arrogan a los medios de comunicación, los cuales son señalados como responsables de la mayor estigmatización que enfrentan tanto La Pequeña Gran Ciudad como La Carpio.

Precisamente las personas que habitan en esta microlocalidad reconocen que existe una construcción del lugar desde lo peligroso y lo violento, que le ha dado una “fama” negativa y atribuyen esta situación a la cobertura mediática de los eventos que allí han ocurrido, y mencionan el amarillismo con el cual se presentan las noticias principalmente en la televisión.

Los telenoticieros fueron mencionados por las personas entrevistadas, las cuales, molestas, manifestaron su descontento ante medios de comunicación que sólo muestran “lo malo”, “las malas noticias”, o andan en búsqueda de imágenes que marginan al lugar aún más. Por ejemplo, en diversas ocasiones líderes comunales han recurrido a los medios para exponer sus necesidades y no han recibido ni apoyo ni respuesta para denunciar la desatención institucional, por eso Eugenio afirma: “Si matan a alguien, ahí sí vienen corriendo, no hay ni que llamarlos, sobra quién aparezca, pero nosotros los llamamos porque toda una vida ha sido la problemática del agua desde que yo llegué aquí, toda la vida, y nada”.

No pretende plantearse que en la comunidad no ocurran hechos de violencia, sino que las sensaciones de peligro e inseguridad se ven acrecentadas por el discurso mediático y político sobre el miedo, el cual no es exclusivo ni de La Zona ni de la comunidad de La Carpio, sino que se inscriben en un discurso nacional e internacional sobre el temor y la (in)seguridad (VV AA, 2007). Además, la denuncia de los vecinos y vecinas evidencia la necesidad de un periodismo responsable y ético, respetuoso de los derechos humanos de las personas.

De esta forma y en múltiples ocasiones, los medios de comunicación difunden imágenes que criminalizan la pobreza y la migración; así, la noticia de sucesos es utilizada para generar alarmismo y reproducir construcciones ideológicas sobre personas y lugares. Como lo comenta Marvin:

“Y existe cierta marginación o lo llegan a aislar a La Carpio, porque a todo mundo le da vergüenza ya decir que es de La Carpio, por lo que los medios de información: 400 [jóvenes] dicen, ahí en la cuarta parada, que son peligrosos, que ahí asaltan; eso no, eso es mentira, no son cuatrocientos. Que en La Cueva, no tampoco. Lo que pasa es que los medios de información por tratar de sacar algo, tratan de aumentar más

y lo que hacen más bien es destruir. Yo estoy de acuerdo en que los medios de información es algo muy importante porque ahí pueden expresarse y decir, y también se demuestra la democracia, pero no tratar de destruir; por lo menos la comunidad de La Carpio ha sido muy rechazada en diversos lugares por los medios de comunicación” (Fonseca y Sandoval, 2006: 52).

Sobran ejemplos sobre la violencia ejercida por los medios que califican como “barrio intocable” o “barrios peligrosos” a La Zona. Pero para los vecinos fue la cobertura de los eventos del 2004 la que marca el inicio de la mayor criminalización sobre la comunidad, según comenta Eugenio:

“Principalmente que después de aquellas publicaciones que tiraron en la prensa y Canal 7, fueron una de las emisoras o de los canales que hicieron más daño aquí en La Carpio y, principalmente, a este sector porque incluso se atrevieron a decir que aquí de la única forma que se podía entrar era en helicóptero”.

Estas imágenes contrastan con los relatos cotidianos de las personas de La Zona y con mi experiencia en el campo. Se evidencia, entonces, el carácter amarillista de la noticia y el ejercicio de poder sobre las personas que allí habitan. Por ejemplo, en una nota periodística se publica la ilustración de la página siguiente.

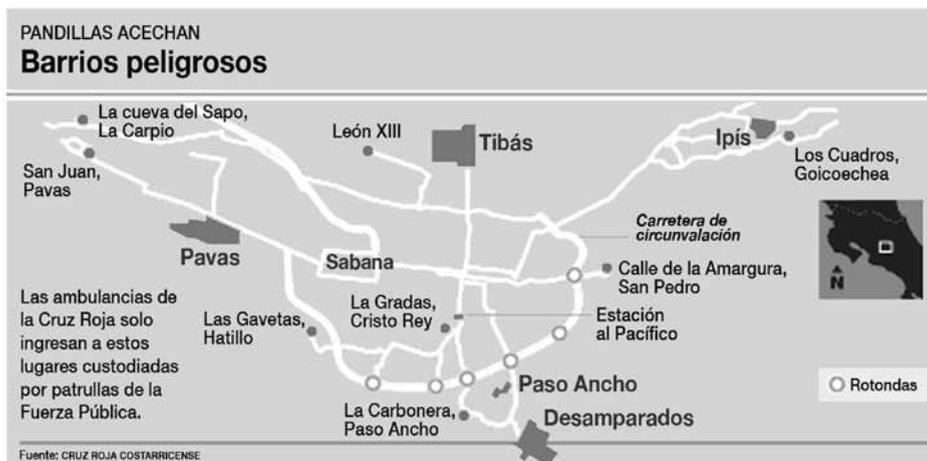
En la ilustración se evidencia cómo La Cueva del Sapo es ubicada como uno de los doce lugares de “riesgo” y “peligrosidad” a los que los servicios de atención de emergencias no entran; según los vecinos y vecinas, en ocasiones acuden estas instituciones si las acompañan patrullas, en otros casos llegan muchas horas después de haber sido llamadas. En el caso de la policía, ocurre también que se niegan a acudir cuando se les solicita:

“Uno va arriba a buscar una patrulla y les dice que vengan aquí y aquí nunca vienen, se devuelven, de ahí del altillo se devuelven” Eugenio.

‘¡Ay noooo! esa es La Cueva’, y se devuelven; están como los policías que traje: ‘¿vamos a La Cueva?’ esa no es La Cueva –les digo yo– vamos a La Pequeña Ciudad, ‘no, esa es La Cueva’. Le digo ‘no, La Cueva está allá arriba, nosotros somos La Pequeña Gran Ciudad, vamos para allá [...]’ hay que ir a traerlos” Raquel.

Ilustración N° 3

Los “barrios peligrosos” del Gran Área Metropolitana, según la Cruz Roja Costarricense, 2007.



Fuente: Aguilar, Nicolás. 2007. “Hampones impiden ingreso a Cruz Roja en 12 barriadas” en La Nación (San José), lunes 29 de enero. En: <www.nacion.com/ln_ee/2007/enero/29/pais974365.html>.

El testimonio de Fernando, un joven de la microlocalidad, refleja las lamentables consecuencias de este tipo de negligencias:

“El 25 de diciembre del 2004, teníamos una emergencia en la casa era una emergencia muy grave mi papá estaba muy mal, estaba muriéndose. Yo llamé al 911, para que mandaran una ambulancia a la casa, pero la ambulancia no llegó hasta la casa, sino que llegó hasta la cuarta parada.

Tuvimos que llamar un carro particular que vivía cerca de nuestra casa por suerte el señor del carro estaba despierto [despierto] y le hablé de la emergencia que teníamos en la casa; él amablemente respondió que sí. Lo montaron atrás y lo llevó hasta la 4° parada, pero la ambulancia le dijo que estaba bien mi papá. Mí mamá para estar segura lo llevó en ese mismo carro particular a mí papá al hospital lo atendieron y lo llevaron a sala de observación. Así estuvo por un día y media noche porque el lunes 31 [...] a las 11:00 de la noche murió; a mi mamá la llamaron el martes a las 6 a.m. y le dijeron que mi papá había muerto.

Él murió de derrame cerebral. Yo me puse a pensar que si la ambulancia hubiera llegado a la casa mi papá se hubiera salvado, pero la ambulancia no llegó a la casa, razones dos: Pudieron tener miedo de abajar [bajar] hasta la casa.

El mal estado de las calles.

El ministerio de obras públicas y la comandancia de policías tienen que poner cartas en el asunto para que otras familias no les pase lo que me pasó a mí y a mi familia” (redacción).

Fernando plantea dos problemáticas fundamentales que afectan a la microlocalidad: el estigma y las malas condiciones de las vías de acceso; la mezcla de ambas mantiene a la población al margen de los servicios vitales que, en este caso, se traduce en sentimientos de desprotección y en muertes. Él habla de la exclusión producto del miedo que tienen las personas dadoras de servicios y, además, del pésimo estado en que se encuentran las calles de la zona; ambas problemáticas remiten directamente a la ausencia estatal en el lugar.

LA VIOLENCIA: “UBICANDO” LOS MIEDOS Y EL PELIGRO

La construcción de La Cueva del Sapo cumple la función dentro del imaginario comunal de dar un lugar “ubicable” a los miedos, en este caso ante la inseguridad y el peligro que genera la violencia. Recordemos que en las urbes modernas: “Los bajos fondos de la ciudad configuran tanto el ámbito de las transgresiones como el de la condensación de los miedos de la mayoría de los ciudadanos” (Melgar, 2004). Según los testimonios de la población de La Carpio, La Cueva del Sapo es pensada como el lugar que reúne y concentra, el “peligro”, la “delincuencia” y la “violencia”, fundamentalmente en la gente joven. Pero, este tipo de fenómenos debe contextualizarse como una forma de violencia en las sociedades contemporáneas, donde “[...] los rasgos identitarios ligados al restaurar y al conservar se han extendido y resultan suelo propicio para la discriminación y la sospecha hacia el diferente, sobre todo cuando habita espacios comunes (el mismo barrio, la misma plaza, la misma escuela) y cuando se dan contextos propicios para el desarrollo de miedos y sospecha” (Entel, 2007: 29).

En las entrevistas, generalmente, dos temas eran siempre mencionados por las personas antes de que se les preguntase por los mismos: la inseguridad y el nombre “La Cueva del Sapo”. Esto evidencia que resultan ser preocupaciones fundamentales en la cotidianidad de la gente y son también utilizados para distanciarse de imágenes construidas sobre esos dos ejes y que sostienen la estigmatización; asimismo, nos dice cosas sobre a quiénes les están hablando. En múltiples ocasiones, al verme en el lugar las personas me comentaron algo sorprendidas: “a usted no le da miedo”, e inclusive al presentarme a otros habitantes de La Zona les indicaban: “a ella no le da miedo andar aquí”. Es un detalle relevante, pues muestra cómo la interacción con estas personas probablemente se da desde el prejuicio y, además, es un llamado de atención

sobre cómo me están percibiendo como “extranjera” en su barrio. Este aspecto también me recuerda las advertencias a mi llegada a La Carpio sobre dicho lugar, las personas con un tono protector me decían: “no vaya ahí” o “por lo menos no vaya sola”, manifestando una alerta ante un peligro, que implicaba cierta exposición personal. Igualmente, el contacto con las personas que habitan en la microlocalidad se convierte en una forma de “protección”; las personas me indican “si usted camina conmigo, o la ven conversando así, ya ven que usted viene a ayudar, entonces no le hacen nada”.

Por otra parte, al hablar sobre el peligro, se vuelve a hacer referencia a la diferenciación entre personas conocidas y extrañas. La construcción del extraño es fundamental para la creación de identidad (Ramírez, 2003) y diferenciación, así como en la constitución de las microlocalidades; esta construcción pareciera sostener ideas sobre la confianza vs. desconfianza. Se entreteje una idea de sospecha que pesa sobre quienes son “expulsados”, considerados diferentes, con costumbres distintas (Entel, 2007) o incluso quienes son construidos como extranjeros internos.

La imagen sobre el peligro hace que personas de La Carpio tengan miedo o eviten ir a La Zona, o al menos a lo que consideran es parte de La Cueva del Sapo. También desde el exterior a la comunidad, el estigma que enfrenta la población de La Pequeña Gran Ciudad se mezcla con el que enfrenta La Carpio como comunidad, y el nombre estigmatizado reafirma la exclusión, como señala Irma:

“[...] yo cuando los oigo hablar de que es peligroso, hay Dios mío, les digo aquí no es peligroso, aquí no es peligroso, no es peligroso, ese nombre feo, porque ese no es el nombre de él, ya llevo doce años de vivir aquí y nunca ha pasado nada, cuando más vuelan piedras pero es de arriba, pero aquí no, es tranquilo [...]”.

Los vecinos y vecinas de La Pequeña Gran Ciudad recurren constantemente a desmentir el estigma que enfrentan, contrastando sus experiencias cotidianas con las construcciones hipercriminalizadas que les atribuyen. Raquel cuenta una experiencia en la que un conocido constata cómo es una invención lo que se dice sobre La Zona:

“Mucha gente, me decía de la zona de arriba, que estaba admirado de que todo el mundo decía que en La Cueva, allá *abajo*, asaltaban a medio día y mataban y no sé qué, y me dice un señor: ‘yo entré a las 7 de la noche el año pasado el 24 [de diciembre] anduvo repartiendo regalos de CODECA para los chiquitos pobres, ahí en la orilla del río

–dice– y no me topé a nadie raro y, le digo yo, y dicen que La Cueva es un peligro, yo no entiendo’ [...]” Raquel.

Las vecinas cuentan, por ejemplo, cómo algunas personas conocidas, entre sus amistades y familiares, han dejado de visitarlas, indicándoles que esto se debe a lo que “sale en la televisión” sobre el lugar. Inclusive los taxistas se niegan a llevarlas al lugar. Irma comenta sobre esta situación y su experiencia subjetiva nos acerca a la vivencia de la discriminación y el rechazo:

[...] ¡a mí no me gusta!, viera, me da cólera, porque digo yo, allá es sano y por qué andan diciendo ‘¿usted dónde vive?’ ‘allá abajo’, ‘uysh ahí es La Cueva del Sapo’, qué va a ser, aquí no es La Cueva del Sapo aquí nunca [...] han matado allá por los teléfonos, aquí no, han matado al otro lado, aquí no [...] y todo le echan aquí, hay veces voy a comprar la comida y busco a los taxistas, y ‘hay allá no, es que ahí es peligroso’, le digo allá no es peligroso”.

Sin duda, la imagen de “lugar peligroso” se cae ante las experiencias de tranquilidad de las personas que habitan el lugar, como se percibe en las palabras de Eugenio:

[...] imagínese, parece increíble, es un sector que está retirado y es uno de los sectores en donde usted difícilmente va a oír que se metieron en una casa a robar o de que aquí en esta zona asaltaron a alguien. Allá en la salida, pero aquí no se da, yo muchas veces dejo la casa sola y mucha gente y no se da”.

Las barreras simbólicas que convierten a La Zona en un lugar segregado son parte de una construcción histórica en la que pareciera reproducirse, a nivel interno, la segregación social que vive La Carpio en relación con la ciudad de San José y el resto de Costa Rica. Con La Cueva del Sapo es posible que se esté dando una “abyección desplazada”, es decir “[...] el proceso por medio del cual grupos sociales ‘bajos’ vuelcan su poder figurativo y real no contra aquellos con autoridad sino contra aquellos situados en una posición más baja [...]” (Stallybrass y White citado en Sandoval, 2002: 210). De esta forma, se evidencian dentro de La Carpio estrategias “[...] de distinción y retraining que coinciden en socavar la cohesión vecinal, de manera que emergen la evitación, la elaboración de ‘infradiferencias’ o ‘microjerarquías’ y el desvío de la degradación hacia chivos expiatorios [...]” (Wacquant, 2001: 143), que en este caso serían las personas jóvenes. Las referencias a la gente joven también apuntan a otros estigmas que caen sobre esta población (desorden, rebeldía, inmadurez, etcétera).

En los relatos, la mayor parte de los conflictos se relacionan con problemas entre hombres o familias, ocurren usualmente los fines de semana durante las noches y madrugadas, y es recurrente la mención a la ingesta de licor y otras drogas como un factor presente en los mismos. Por eso sería útil un análisis sobre las masculinidades en comunidades como La Carpio, ante los cambios sociales e institucionales que han operado en los últimos años, despojando a muchos hombres de espacios de ejercicio de poder hegemónico; pero estos aspectos exceden los objetivos del presente trabajo.

Sin embargo, cabe señalar que las masculinidades hegemónicas se fundamentan en la demostración constante de la fuerza y la virilidad por parte de los hombres, el consumo desproporcionado de alcohol, el uso de la violencia y de un lenguaje grosero son manifestaciones de esas exigencias sociales, elementos presentes en la mayoría de los conflictos narrados por las personas de la comunidad. Estas situaciones, vistas por observadores externos, ajenos a esas dinámicas, pueden ser percibidas como peligrosas y delictivas (Wacquant, 2007: 237); sin que con ello queramos justificar las mismas. Además, otros autores como Lepoutre (citado en Wacquant, 2007: 238) indican que la “inserción” social y cultural de las peleas callejeras en las barriadas populares obedece a un conjunto de reglas precisas de acuerdo con el momento, el lugar, el motivo y el doble imperativo de la publicidad (entre los pares) y la clandestinidad (ante las autoridades).

Los conflictos entre “pandillas” más bien son ubicados fuera de allí. Pero es importante mencionar que la imagen de lo “peligroso” ha sido asociada sobre todo a grupos juveniles, principalmente a muchachos dentro del espacio público, tanto a lo interno como a lo externo de la microlocalidad. Con esto se atribuye la violencia únicamente a la población joven de la comunidad, criminalizándola. En La Carpio, cada sector de la comunidad posee o poseía un grupo; éstos jóvenes realizan muy diversas actividades, pero sólo son mencionados en relación a enfrentamientos y actividades delictivas, cuando han tenido choques “defender el territorio” o a sus miembros; por eso dudaríamos de la homogeneidad y organización (delictiva) con la que son presentados esos grupos en las notas amarillistas de los medios de comunicación.

Otras referencias que se hacen sobre el “peligro” remiten a balazos, pleitos o apedreamientos de casas que las personas escuchan eventualmente en las noches, lo cual despierta diversos temores, especialmente ligados a la impotencia que sienten, pues si piden ayuda a las autoridades no la reciben prontamente y, en ocasiones, no la reciben del todo.

Cuando las personas de La Carpio hacen referencia a la “peligrosidad” de La Cueva del Sapo narran eventos delictivos que vieron o escu-

charon en la televisión o el periódico, o que fueron vividos por sí mismas o por sus familiares. Estos eventos son especialmente impactantes y relevantes para los niños y niñas, que comentan el miedo que sienten al vivir en La Carpio o específicamente en La Zona. En buena parte de los testimonios, tanto hacia fuera como dentro de la microlocalidad, se evidencia la dimensión subjetiva de la inseguridad ciudadana, es decir, “[...] la construcción imaginaria de carácter mitológico que la población hace de su vivencia respecto al estado de seguridad, que depende más de las experiencias personales, directas o indirectas que pueden tener en un entorno concreto” (Del Olmo, 2000: 80). Por lo tanto, los temores y sentimientos de inseguridad generalmente están más relacionados a experiencias traumáticas vividas, y se evidencia que son hechos delictivos que ocurren eventualmente, pero tienden a sobredimensionarse ya sea por los medios de comunicación, por el discurso social sobre el miedo o por el nivel de impacto emocional que genera en la persona.

Lira y sus colaboradoras (citadas en Martín-Baró, 1990) plantean que el miedo desata cuatro procesos psicológicos fundamentales: “una sensación generalizada de vulnerabilidad, una situación de alarma, un sentimiento de pérdida de control sobre una faceta de la vida cotidiana y una alteración del juicio”. De allí que, en parte, el miedo sea un elemento que puede ser utilizado políticamente.

El poder ubicar los miedos también corresponde a un uso político de los mismos, al ejercer poder y marginar a ciertas poblaciones en beneficio de otras.

En la frase “yo no voy ahí porque me matan” que le dice la patrona a María se pone de realce la clave del estigma en el que “el afuera” percibe amenazante un lugar, construyendo la imagen de peligrosidad desde el temor extremo para el ser humano: la pérdida de la vida.

Las personas conocen a quienes se dedican a actividades delictivas. Durante el trabajo realizado se mencionaron sujetos como “Gallina”, “Gallinita”, “Satán”, entre otros. Lo que ha ocurrido con esta población lo resume Raquel:

“[...] había mucha gente mala, las han ido matando, cada uno, entre ellos se matan hasta por mil pesos, se han muerto muchos, se los ha llevado la prisión muchos, la gente se ha ido limpiando un poco, pero por dos que habían que asaltaban o hacían daño, entonces ‘la gente es peligrosa’”.

En esa frase llama la atención el uso del término “limpieza” para referirse a la desaparición de la “gente mala”; lo cual se vincula también a los esfuerzos de, desde la religión, limpiar el lugar.

La población ubica a las personas adictas a las drogas como las principales perpetradoras de los delitos, posiblemente movidos hacia

allí por la exclusión de otros espacios y por la clandestinidad, ocultamiento y facilidades para realizar actividades ilícitas. Florencio menciona el desempleo como el origen de las acciones de estas personas; es decir, nos permite conocer una faceta poco abordada de la dinámica del ámbito de las drogas, la cual trata de la marginalidad vivida por ciertos sectores que quedan excluidos totalmente del mercado. Llama la atención que las personas de la comunidad se refieran a estas personas principalmente de una manera indeterminada, utilizando la palabra “ellos” para designar al “chapulín”, al “vago”, al drogadicto. Es precisamente esa generalización la que se encuentra vinculada con la estigmatización enfrentada y con la discriminación vivida por la población.

A ambos lados de las fronteras simbólicas hay miedo, miedo al “otro”. Esto ocurre tanto en las barreras que impone la ciudad de San José, como el resto del país hacia La Carpio, como en las que imponen las personas desde el interior de la comunidad hacia La Zona.

El miedo también es un motivo para evitar poner denuncias por parte de los vecinos, David:

“Sí, uno va a demandarlos y todo, pero en veces gente no lo hace por miedo, que les vayan a quemar la casa o una pedrada, gente que va a demandar y la policía no hace nada, la policía solo lo agarra y el mismo día lo suelta, solo lo tiene como dos horas lo tienen y lo sueltan, entonces así de nada sirve demandarlos.”

El establecimiento de las barreras se da ante situaciones fuertes que marcan la subjetividad de los sujetos y las comunidades. Según los relatos, hace algunos años, las condiciones de vida en La Carpio eran bastante difíciles y existían factores de orden estructural que marcaban una mayor tensión urbana, esto puede haber contribuido en la construcción de las referencias sobre inseguridad y peligro que prevalecen en la comunidad hasta nuestros días.

ALGUNAS CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES FINALES

Este artículo ha reunido parte de la experiencia cotidiana de la población que habita en La Carpio. El centro del trabajo se refiere a las formas de segregación que se dan a lo interno de esta comunidad centroamericana. A lo largo del documento hemos expuesto la historia y los elementos simbólicos y subjetivos que se encuentran vinculados a la construcción de fronteras simbólicas sobre un espacio llamado La Cueva del Sapo, que abarca territorialmente el sector de La Pequeña Gran Ciudad y un segmento de otro denominado La Libertad.

Los hallazgos de la investigación permiten establecer vínculos entre las construcciones subjetivas de los espacios locales y globales, en

dos sentidos: primero, la segregación es un fenómeno que se presenta dialécticamente, se da desde las formas de relación Norte y Sur, entre Estados Nación, dentro de cada país y a lo interno de las mismas comunidades que experimentan segregación urbana. Y, segundo, las fronteras simbólicas pueden ser creadas tanto por élites como por sectores populares, se trata del ejercicio del poder que pasa por tener un “lugar reconocido” por encima de otro, de allí que situaciones de abyección desplazada sostengan situaciones como las vividas por las vecinas y vecinos de La Zona.

La Cueva del Sapo constituye una forma de ubicar los miedos ante la violencia urbana. Es representado como un espacio que reúne peligro, contaminación, suciedad, vergüenza, violencia, bajeza, inmoralidad y del cual, supuestamente, proviene todo lo negativo que ocurre en la comunidad. Se trata de una microlocalidad construida como un lugar de desecho histórico y simbólico, pues allí se ha colocado lo rechazado, sancionable, negativo y tenebroso.

Esa denominación corresponde a elementos históricos presentes en la memoria y a algunos de carácter inconsciente asociados a dicha historia.

Los terrenos más irregulares topográficamente están en esa zona; allí se encontraba el primer botadero de la comunidad, utilizado previamente para arrojar desechos hospitalarios; asimismo, las personas que se ubicaron en este sector desde su origen han sido aquellas de muy escasos recursos económicos, y que han enfrentado las mayores exclusiones, tanto a lo interno de La Carpio como, en general, a nivel social. Finalmente, los vecinos y vecinas externos al sector vinculan el espacio con personas dedicadas a actividades ilícitas y censuradas socialmente (consumo de drogas, delincuencia, etcétera).

La predominancia de población nicaragüense en el sector también es parte de la explicación que dan las personas al abandono estatal experimentado por ellas; el estigma y la exclusión que enfrentan se enmarca en la discriminación que experimenta la población nicaragüense en Costa Rica; por eso, no es casual que los mitos que existen en el país sobre esta población la señalen como “gente violenta y peligrosa” que “aumenta la pobreza” en el país (Masís y Paniagua, 2005). Pero esta situación debe entenderse como una construcción que se hace fuera de La Carpio sobre la población nicaragüense, pues a lo interno de esta comunidad binacional existen relaciones de convivencia que se sustentan sobre el intercambio cultural y superan los prejuicios.

Por un lado, ante el estigma que vive, una parte importante de la población del sector rechaza el nombre La Cueva del Sapo. Las y los habitantes manifiestan su molestia con los medios de comunicación, a los cuales atribuyen la insistencia en el uso de dicho nombre y el mante-

nimiento de la “mala imagen” del lugar; y sienten gran impotencia ante esta situación. Y es que las situaciones de rechazo y discriminación afectan directamente la satisfacción de las necesidades más básicas, como por ejemplo el acceso al agua y a servicios. Algunas instituciones y organizaciones políticas se niegan o evaden atender sus problemáticas, en ocasiones solapadamente, otras explícitamente etiquetándolos como “sector peligroso”.

Por otro lado, la población joven, especialmente los hombres, utilizan el nombre como un referente identitario fundamental, al punto de denominarse “cueveños”. Es decir, la vivencia subjetiva del nombre varía de un grupo a otro según la edad, el género y la cercanía o distancia a entes políticos y religiosos.

En último término, lo que estos fenómenos muestran es que la exclusión parece inscribirse en distintos niveles: en lo geográfico, en lo político, en lo económico y en lo simbólico, con las consecuentes dificultades para esta población en el acceso a sus derechos sociales y en perjuicio de la valorización de su lugar de vida, lo cual repercute en sus identidades. En el fondo, lo que exponen las vecinas y vecinos es una demanda de respeto a sus vidas.

La disyuntiva asociada a los diferentes nombres colocados a La Zona puede explicarse en el hecho de que los nombres provienen de entes externos a la misma, y las intenciones de cambio son promovidas discursivamente desde la necesidad de “una limpieza”, “una purificación”. También es importante señalar que dichas intenciones tienen un vínculo directo con instancias religiosas, lo cual ha distanciado a las personas que no comparten las creencias de dichos grupos.

Por eso, es importante que la comunidad genere espacios para la reflexión, discusión y elaboración sobre las dificultades que existen en torno al nombre “La Cueva del Sapo”. También debe reflexionarse sobre las potencialidades y limitaciones en relación con la participación popular en el plano de presión política, pues la población del sector tiene la capacidad para realizar proyectos, aunque necesita mayor apoyo, por ejemplo, de parte de entes como DINADECO con respecto a obtener mayores herramientas para gestión.

En ese sentido, un trabajo con la comunidad que permita la revitalización subjetiva del espacio, podría motivarse con dinámicas que forjen una identidad sin miedo, violencia o estigmatización; pero las mismas deben ser abordadas también en todo el territorio costarricense, con el fin de reconocer, analizar y superar nuestros propios miedos.

Buena parte de las necesidades que enfrenta la población del sector podrían ser solventadas con mayor voluntad política; se trata de aspectos fundamentales para mejorar la calidad de vida de estas per-

sonas, entre ellas el sistema de abastecimiento de agua potable y los teléfonos públicos. Se requiere más apoyo estatal en la zona, pero menos intervenciones criminalizantes, desde los organismos de control, tanto Seguridad Pública como de los medios de comunicación.

Con respecto a este último punto, se hace necesario presionar desde la sociedad civil a los medios de comunicación para que se comprometan con un trabajo más reflexivo; se requiere que el gremio periodístico asuma en su profesión un compromiso con la ética que venza la tendencia mercantil impuesta por el mercado: el amarillismo. Esto contribuiría enormemente a eliminar tendencias criminalizantes y estigmatizadoras promovidas por algunos medios de comunicación.

Finalmente, es absolutamente necesario el trabajo en múltiples esferas sociales en torno a la construcción de las diferenciaciones y la discriminación que se dan en todos los niveles y en todos los espacios, esto porque, como lo apuntan Elías y Scotson (1994), “[...] la segregación se sostiene en elementos subjetivos, barreras emocionales claves para entender cómo no basta tener más leyes que la prohíban o eliminen [...]”.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar, Nicolás 2007 “25 pandillas siembran el terror en el área metropolitana” en *La Nación* (San José), lunes 10 de septiembre.
- Aguilar, Nicolás 2007 “Hampones impiden ingreso a Cruz Roja en 12 barriadas” en *La Nación* (San José), lunes 29 de enero.
- Asamblea Legislativa de la República de Costa Rica 2006 *Acta de la sesión plenaria N° 33*. Jueves 22 de junio de 2006. Primer período de sesiones ordinarias (del 1° de mayo de 2006 al 31 de julio de 2006). Primera legislatura (del 1° de mayo 2006 al 30 de abril 2007). (San José: Departamento de Servicios Parlamentarios. Área de actas, sonido y grabación).

- Balibar, Étienne 2004 *Derecho de ciudad. Cultura y política en democracia* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Barros, Claudia 2000 “Reflexiones sobre la relación entre lugar y comunidad” en *Documents d’ análisis geogràfica* (Barcelona) N° 37. En <<http://ddd.uab.es/pub/dag/02121573n37p81.pdf>> acceso 12 de diciembre de 2007.
- Bauman, Zygmunt 2006 *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias* (Buenos Aires: Paidós).
- Bourdieu, Pierre 1990 *Sociología y cultura* Los 90, N° 8 (México: Grijalbo).
- Bourdieu, Pierre 2002 *Meditaciones pascalianas* (Barcelona: Anagrama).
- Cartoccio, Eduardo 2005 “Angustia y miedo en los procesos sociales” en *Constelaciones* (Buenos Aires: Fundación Walter Benjamín. Instituto de Comunicación y Cultura Contemporánea) Año II, N° 2.
- Champagne, Patrick 2002 “La visión mediática” en Bourdieu, Pierre (dir.) *La miseria del mundo* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
- Clarke, Simon 2003 *Social Theory, Psychoanalysis and Racism* (London: Palgrave).
- Dabenigno, Valeria y Meo, Analía s/f *Imágenes que revelan sentidos: Algunos usos de la fotografía en Ciencias Sociales* (Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, UBA).
- Del Olmo, Rosa 2000 “Ciudades duras y violencia urbana” en *Revista Nueva Sociedad* (Caracas) N° 167, pp.74-86.
- Douglas, Mary 2007 *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Elias, Norbert & Scotson, John 1994 *The Established and the Outsiders. A sociological Enquiry into Community Problems* (London: SAGE Publications).
- Entel, Alicia 2007 *La ciudad y los miedos. La pasión restauradora* (Buenos Aires: La Crujía).
- Espósito, Roberto 2003 *Communitas. Origen y destino de la comunidad* (Buenos Aires: Amorrortu).
- Fonseca, Karina y Sandoval, Carlos 2006 *Medios de comunicación e (in)seguridad ciudadana en Costa Rica. Serie Cuadernos de Desarrollo Humano* (San José: Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo PNUD), N° 3.

- Foucault, Michel 1996 *Genealogía del racismo* (La Plata: Altamira).
- Garcés, Alejandro 2006 "Configuraciones espaciales de lo inmigrante: usos y apropiaciones de la ciudad" en *Papeles CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva)* Universidad del País Vasco en www.ehu.es/CEIC/papeles/20.pdf, acceso 12 de marzo de 2007.
- Garro, Lidieth 2006 *Estigmas, miedos e imaginarios de futuro. La construcción de identidades juveniles en un contexto de pobreza* San José, Costa Rica, Tesis para el grado de Doctora en Estudios Científicos Sociales. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente. Tlaquepaque, Jalisco.
- Godolphin, Nuno 2005 "La fotografía como mensaje antropológico" en *Constelaciones* (Buenos Aires: Fundación Walter Benjamín. Instituto de Comunicación y Cultura Contemporánea) Año II, N° 2.
- Grimson, Alejandro 2005 *Relatos de la diferencia y la igualdad: los bolivianos en Buenos Aires* (Buenos Aires: Eudeba).
- Huhn, Sebastián; Oettler, Anika y Peetz, Peter 2006 *Construyendo inseguridades. Aproximaciones a la violencia en Centroamérica desde el análisis del discurso*. German Institute of Global and Area Studies GIGA / Leibniz-Institut für Globale und Regionale Studien. Alemania. Nov-2006. N° 34. <<http://ideas.repec.org/p/gig/wpaper/34.html>>, acceso 10 de marzo de 2007.
- Ian, William 1997 *Anatomía del asco* (Madrid: Grupo Santillana).
- Kristeva, Julia 1998 *Poderes de la perversión* (México, D. F.: Siglo XXI).
- Lefebvre, Henri 1968 *El derecho a la ciudad* (Barcelona: Ediciones Península).
- Martín-Baró, Ignacio (coord.) 1990 *Psicología social de la guerra: trauma y terapia* (El Salvador: UCA).
- Masís, Karen y Paniagua, Laura 2005 *Desnudando imaginarios. Diez mitos sobre la población nicaragüense en Costa Rica*. (San José: Servicio Jesuita para Migrantes-Costa Rica) (Documento sin publicar).
- Melgar, Ricardo 2004 "Lo sucio y lo bajo: entre la dominación y la resistencia cultural" en *Revista Envío* Universidad Centroamericana (UCA) N° 271, octubre, en <www.envio.org.ni/articulo/2571> acceso 12 de febrero de 2007.
- Ministerio de Vivienda y Asentamientos Humanos (MIVAH) 2005 *Actualización de los asentamientos en precario y tugurio del Gran Área Metropolitana* Primer tomo.

- Montoya, John sin fecha “Fundamentos teóricos y metodológicos para la investigación en geografía urbana en <<http://www.udenar.edu.co/ocur/fundamentos.pdf>>, acceso 12 de marzo de 2007.
- Mora, Minor y Solano, Franklin 1993 “Segregación urbana: un acercamiento conceptual” en *Revista de Ciencias Sociales* Universidad de Costa Rica N° 61, septiembre 1993, pp. 17-26.
- Proyecto Estado de la Nación 2004 *Décimo Informe Estado de la Nación en Desarrollo Humano Sostenible* (San José, Costa Rica).
- Quinti, Gabriele 1997 “Exclusión social: sobre medición y sobre evaluación –Algunos modelos–” en Menjívar, Rafael y otros (eds.) *Pobreza, exclusión y política social* (San José: FLACSO. Sede Costa Rica).
- Ramírez, Silvia 2003 “Identidad política: conceptos y lógicas presentes en su constitución” en *La reconstrucción de la identidad política del Frente Indígena Oaxaqueño Binacional* (México, D. F.: Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas).
- Reguillo, Rossana 2006 “Los miedos: sus laberintos, sus monstruos, sus conjuros. Una lectura socioantropológica” en *Revista Etnografías contemporáneas* Violencia urbana (Buenos Aires: Universidad de San Martín. Escuela de Humanidades) Año 2.
- Reis, Daniel de Lucca 2007 “Márgenes en el centro. Calle, catación y basura en el centro de São Paulo” en Schamber, Pablo y Suárez, Francisco (comps.) 2007 *Recicloscopio. Miradas sobre recuperadores urbanos de residuos de América Latina* (Buenos Aires: Ediciones de la UNLa, Universidad Nacional de General Sarmiento, Prometeo Libros).
- Rey, German 2005 *El cuerpo del delito* Documento N° 1 (Colombia: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina), en <www.c3fes.net/docs/delitofinal.pdf>.
- Rockwell, Elsie (s/f) *Reflexiones sobre el proceso etnográfico* (México, DF: Centro de Investigaciones Educativas, IPN).
- Rojas, Miguel 2006 *El imaginario: civilización y cultura del siglo XXI* (Buenos Aires: Prometeo).
- Sáenz, Mario Alberto 1995 “Inseguridad ciudadana: los aportes de Ignacio Matín-Baró y la criminología crítica” en *Revista de Ciencias Sociales* (Universidad de Costa Rica), septiembre, N° 69.

- Sandoval, Carlos 2002 *Otros amenazantes: los nicaragüenses y la formación de identidades nacionales en Costa Rica* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica).
- Sandoval, Carlos 2005 *La Carpio. La experiencia de segregación urbana y estigmatización social*. Instituto de Investigaciones Sociales. Universidad de Costa Rica. En <<http://ccp.ucr.ac.cr/noticias/migraif/pdf/sandoval.pdf#search=%22La%20experiencia%20de%20segregaci%C3%B3n%22>> o <<http://www.iis.ucr.ac.cr/pagWeb/investigacion/cultInstSubj.php>> acceso 30 de julio de 2006.
- Sandoval, Carlos y otros 2007 *Nuestras vidas en Carpio. Aportes para una historia popular* (San José: Editorial Universidad de Costa Rica).
- Sautu, Ruth; Boniolo, Paula; Dalle, Pablo y Elbert, Rodolfo 2005 *Manual de metodología. Construcción del marco teórico, formulación de los objetivos y elección de la metodología* (Buenos Aires: CLACSO). [En publicación] [En línea] <www.bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/campus/metodo/RS>, acceso 12 de abril de 2007.
- Schamber, Pablo y Suárez, Francisco (comps.) 2007 *Recicloscopio. Miradas sobre recuperadores urbanos de residuos de América Latina* (Buenos Aires: Ediciones de la UNLa, Universidad Nacional de General Sarmiento, Prometeo Libros).
- Sen, Amartya 2000 *Nuevo examen de la desigualdad* (Madrid: Alianza Económica).
- Tamayo, Eduardo 2000 "De la 'Década Perdida' a la 'Década de la Exclusión Social'" en *América Latina en movimiento* (Quito, Ecuador), Año XXIV, N° 316, 4 de julio de 2000.
- Tribunal Supremo de Elecciones 2005 *División Territorial Electoral de la República* (San José: Ediciones Tribunal Supremo de Elecciones).
- Vasilachis, Irene 2003 *Pobres, pobreza, identidad y representaciones sociales* (Barcelona: Gedisa).
- VV AA 2004 *Voces de La Carpio* (San José: Merienda y Zapatos). En <www.iis.ucr.ac.cr/pagWeb/investigacion/VocesdelaC.pio%20AF5%20FUT.pdf> acceso 12 de junio de 2006.
- VV AA 2006a *Un mundo de colores: Niños y niñas dibujan La Carpio*, Ponencia para las IV Jornadas de investigación Instituto de Investigaciones Sociales. Universidad de Costa Rica, septiembre de 2006, en <www.iis.ucr.ac.cr> [documento sin publicar] acceso septiembre de 2006.

- VV AA 2006b *La Carpio escribe su historia...* Avance de investigación. Instituto de Investigaciones Sociales. Universidad de Costa Rica. [documento sin publicar]
- VV AA 2007 *La Carpio cuenta su historia...* Avance de investigación. Instituto de Investigaciones Sociales. Universidad de Costa Rica. [documento sin publicar]
- Wacquant, Loïc 2001 *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio* (Buenos Aires: Manantial).
- Wacquant, Loïc 2004 *Las cárceles de la miseria* (Buenos Aires: Manantial).
- Wacquant, Loïc 2007 *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado* (Buenos Aires: Siglo XXI editores).
- Zavaleta, Claudia 2005 *El paisaje en la relación cuerpo-ciudad*, Ponencia para el Foro urbano de paisaje. Vitoria, 27 de mayo de 2005. Centro de Estudios Ambientales. En <http://www.vitoria-gasteiz.org/w24/docs/ceac/forourbanopaisaje/laburpenak/Claudia_Zavaleta.pdf>